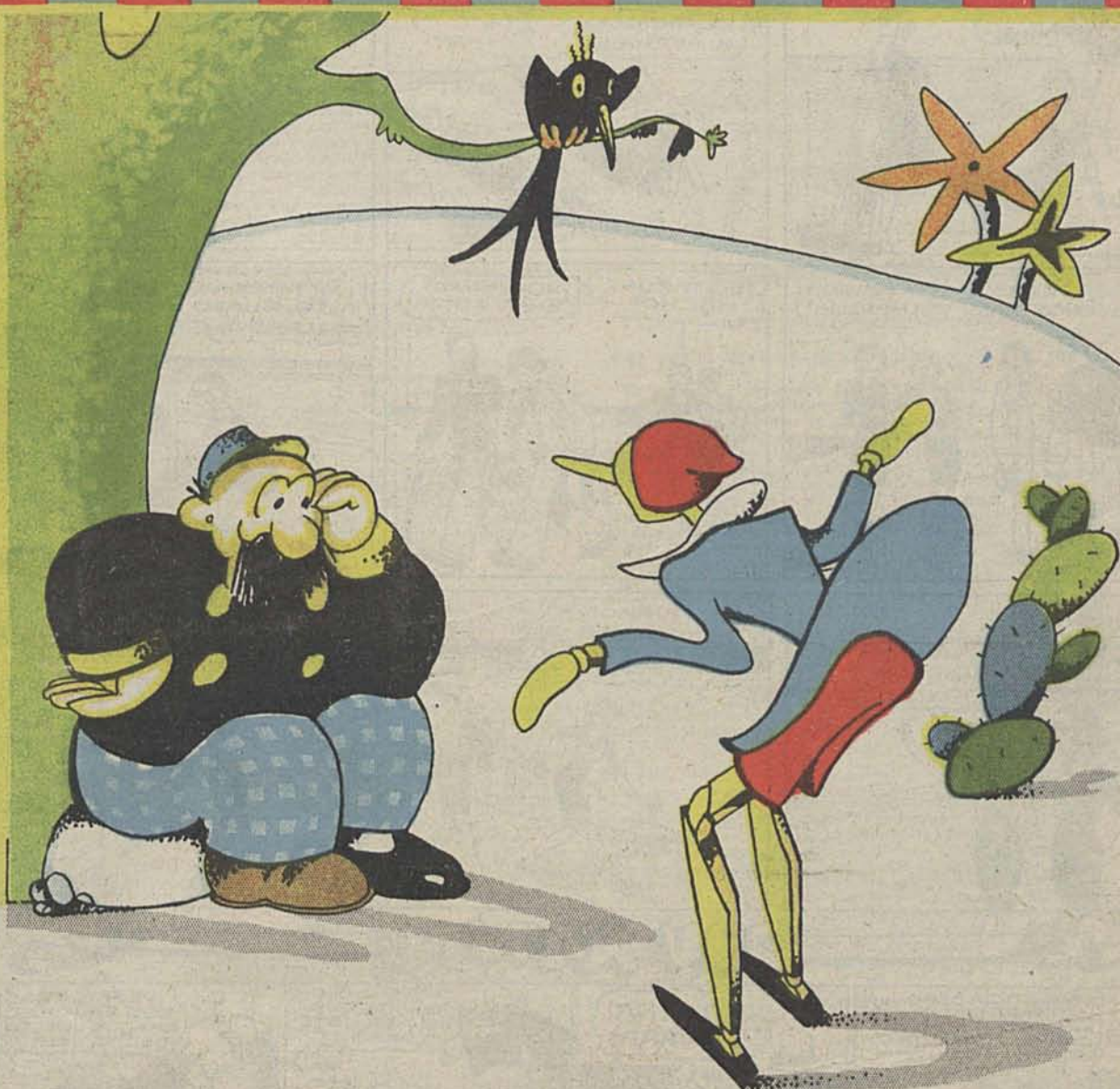


PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 348

25 cts

18 OCTUBRE
1931



- ¡PERO TRAE USTED PUESTO UN ZAPATO Y UNA BOTA!
- ¡SÍ ES QUE NO TENGO MAS QUE OTRO PAR Y ES IGUAL QUE ESTE!

COLORED **A SU PANDILLA**



DON KATITE





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?

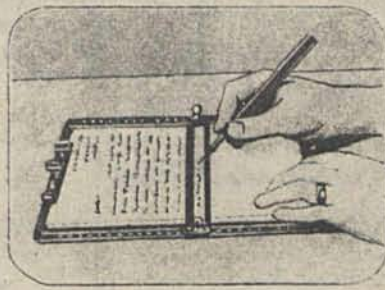
Para guiar la pluma de los ciegos

Un ingeniero escocés, cuya mujer se ha quedado ciega a consecuencia de una enfermedad, ha inventado un pequeño aparato muy sencillo y que permite a una persona ciega escribir de modo bien legible y sin que las líneas se amontonen unas sobre otras.

Como puede verse por la fotografía consiste en un cuadro metálico provisto en su parte superior de un dispositivo con resortes que permite sujetar la hoja de papel.

A los lados del cuadro, que están perforados regularmente, lleva adosada una doble regla que por medio de unos topes corre el espacio que se desee.

La pluma tiene por guía la regla inferior y no deja torcerse ni distanciar un renglón de otro.



El diamante como instrumento industrial

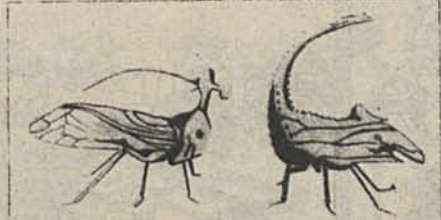
No es la única misión del diamante figurar en los escaparates de las joyerías. Su uso industrial es también muy importante. Además del conocido diamante del vidrio para cortar cristales y del propio polvo del diamante para tallarlo y convertirlo en brillante, utilízase para múltiples fines.

Los ingenieros colocan los diamantes en las puntas de las perforadoras para agujerear las montañas de roca. Los marmolistas cortan con él el mármol. En la mecánica de precisión se usa en las fresadoras por su incomparable resistencia. Es indispensable en la preparación de los cristales de óptica. La industria eléctrica lo utiliza para el estirado de los hilos de los cables.

¿A qué se debe el tiro de las chimeneas?

Nadie ignora que como el aire caliente tiene una densidad menor que el frío, tiende a elevarse en la atmósfera. Este fenómeno no basta, sin embargo, para explicar el «tiro» de las chimeneas. Hay otro factor que son las corrientes de aire llamadas de conversión.

Las chimeneas metálicas que cruzan los techos se calientan rápidamente por el humo que pasa por ellas. Bajo esta influencia las capas de aire que están en contacto con la chimenea se calientan también y se elevan en la atmósfera. La corriente así producida alrededor del tubo da lugar a una fuerza de aspiración que arrastra con ella los gases contenidos en las chimeneas dando lugar a ese «tiro» ascendente que tanto aviva el fuego.



¿Por qué el agua apaga el fuego?

El fuego es el resultado de la combinación de los cuerpos llamados combustibles con el oxígeno, que se encuentra en la atmósfera mezclado con el azoe.

Para hacer arder un trozo de madera, por ejemplo, es preciso ponerlo a una temperatura tal que la combinación con el oxígeno pueda producirse.

Para detener la combustión es necesario, o bien suprimir el contacto con el oxígeno o bien refrescar suficientemente el fuego para que su temperatura descienda por debajo de la que es precisa para la combustión.

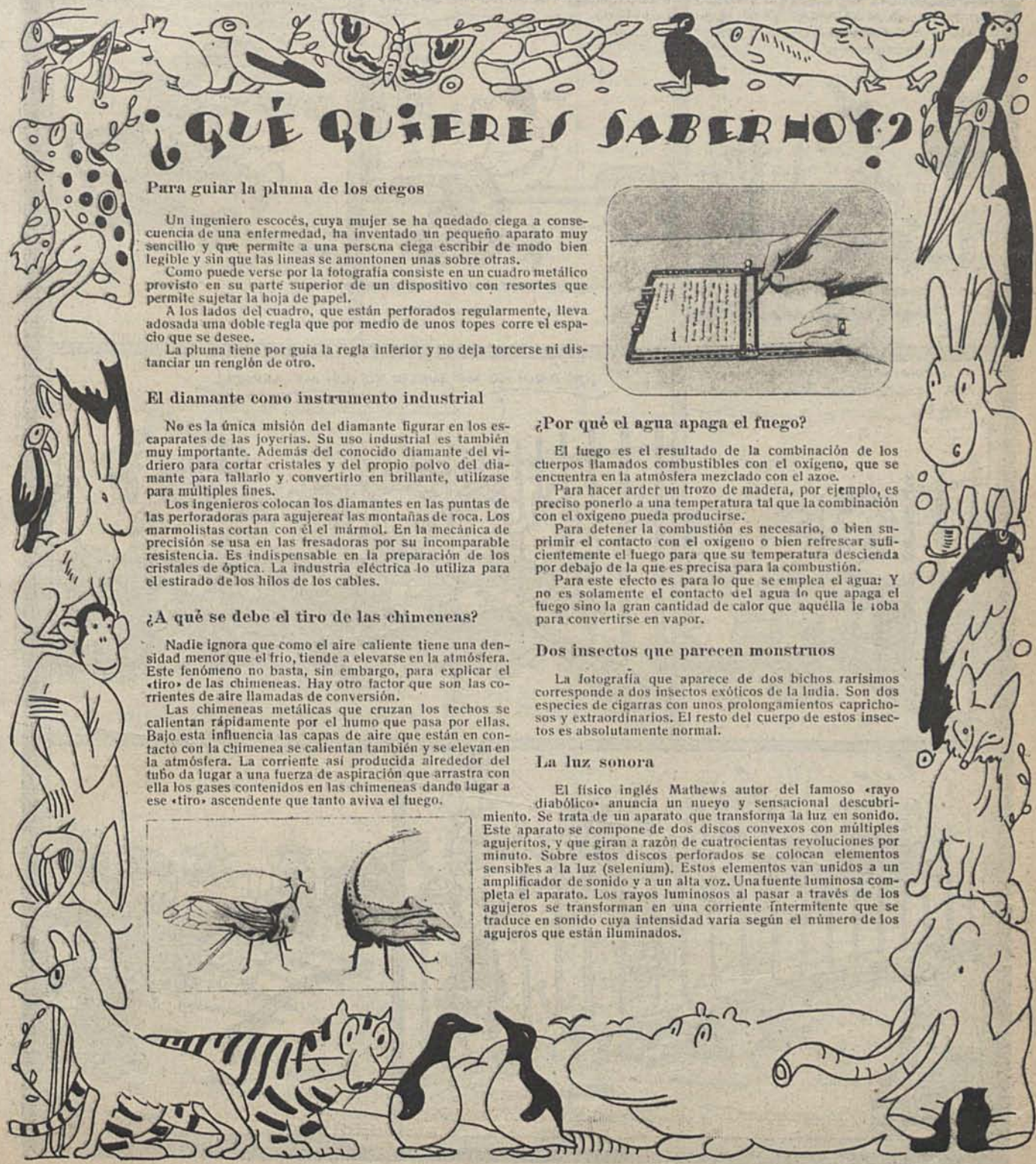
Para este efecto es para lo que se emplea el agua: Y no es solamente el contacto del agua lo que apaga el fuego sino la gran cantidad de calor que aquella le roba para convertirse en vapor.

Dos insectos que parecen monstruos

La fotografía que aparece de dos bichos rarísimos corresponde a dos insectos exóticos de la India. Son dos especies de cigarras con unos prolongamientos caprichosos y extraordinarios. El resto del cuerpo de estos insectos es absolutamente normal.

La luz sonora

El físico inglés Mathews autor del famoso «rayo diabólico» anuncia un nuevo y sensacional descubrimiento. Se trata de un aparato que transforma la luz en sonido. Este aparato se compone de dos discos convexos con múltiples agujeritos, y que giran a razón de cuatrocientas revoluciones por minuto. Sobre estos discos perforados se colocan elementos sensibles a la luz (selenium). Estos elementos van unidos a un amplificador de sonido y a una alta voz. Una fuente luminosa completa el aparato. Los rayos luminosos al pasar a través de los agujeros se transforman en una corriente intermitente que se traduce en sonido cuya intensidad varía según el número de los agujeros que están iluminados.

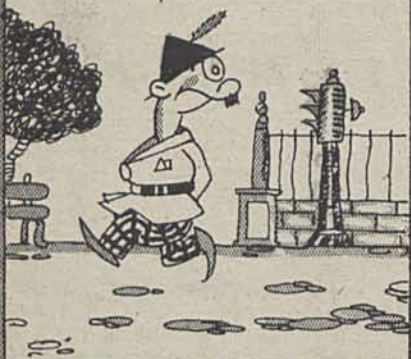




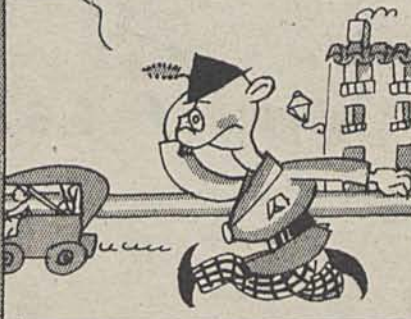
SIEMPRE ESTÁ DON EPICETO METIDO EN ALGÚN APRIETO.



ESTO ES CHOCANTÍSIMO. AQUELLOS
DOS GUARDIAS ME VIENEN SIGUIEN-
DO TODA LA MAÑANA. ¡Y QUÉ MI-
RADAS ME ECHAN!



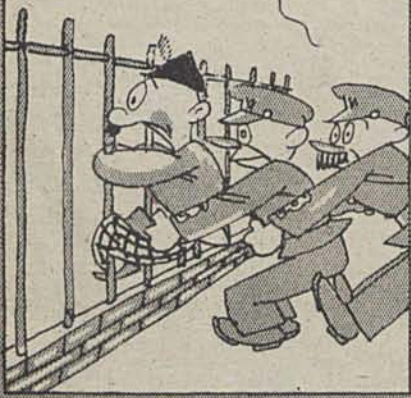
YO VOY A ECHAR A CORRER "POR SI
LAS MOSCAS". A MI NO ME GUSTAN
LOS LIOS



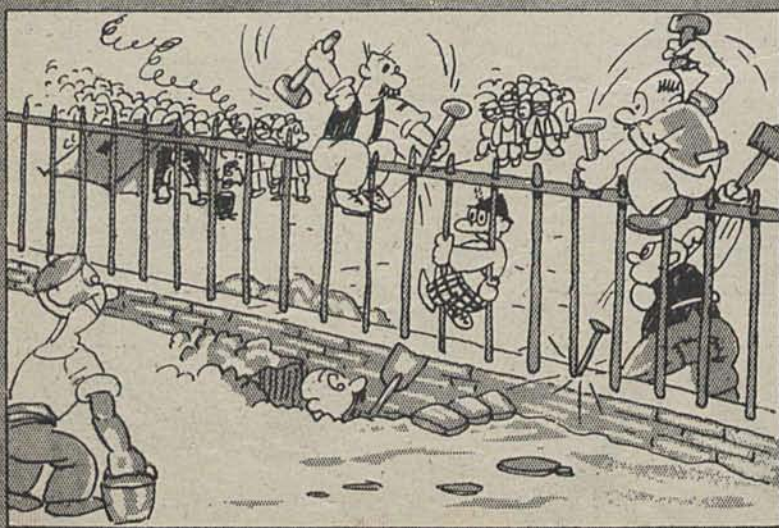
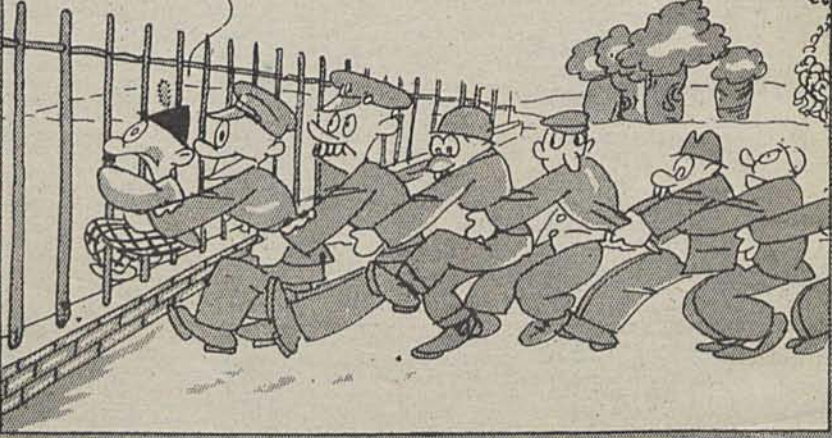
¡EH! ¡A ESE! ¡A ESE, QUE CORRE!



¡A LA COMISARÍA, AHORA MISMO!
¡POR DESOBEDIENCIA A LA AUTO-
RIDAD!



¡DE AQUÍ NO ME SUELTO YO, ASÍ ME ASPEN!



Castillo

7 A luna había aparecido entre dos altos picos de la cadena de montañas y esparcía la dulce luz de sus rayos azules en la llanura. Los grillos cantaban entre la hierba con silbidos estridentes, y a lo lejos resonaba de vez en cuando el lígubre grito del coyote, suspirando por una sangrienta cena. Después de algunos minutos de atención inspeccionando la llanura, los tres cazadores montaron y se dispusieron a partir. Viendo que se marchaban sin cuidarse para nada de su persona ni de los bisontes, el inglés creyó oportuno imitarlos, no sin lanzar varias enérgicas imprecaciones. John se puso a la cabeza de la caravana con el

CAPÍTULO II A TRAVÉS DE LA PRADERA



— 20 —

—Milord—exclamó John con voz amenazadora—, este no es momento a propósito para disputas. Someteos, o mato a vuestro caballo y os abandono en la pradera. ¡Amigos, seguidme! ¡Oído alerta!

En vez de ceder, el inglés, terco como una mula, se lanzó a tierra y mostró los puños en actitud de boxeo, gritando rabiosamente:

—¡Bandidos! ¡Asesinos! ¡Yo desafiara a boxear!

—¡Ya os responderán los bisontes a cornadas, milord! En cuanto a nosotros, tenemos que hacer algo más útil que escuchar vuestras baladronadas.

Dicho esto, John espoleó a su caballo y salió a galope, seguido de los dos hermanos, que reían a carcajadas.

El inglés se había quedado solo y seguía dando puñadas en todas direcciones, a riesgo de que alcanzara alguna a su caballo y éste le respondiera coceándole.

—¡Dejadle!—dijo John—. Ya se decidirá a seguirnos; y si se obstina en esperar a los bisontes, más tarde le recogeremos, si es que los indios no le arrancan antes la cabellera. Lo urgente es salvar a Turner, necesitado de auxilio para escapar del trance en que se halla. Manteneos firmes en los caballos, y procurad que no se espanten. ¡Ya se distinguen las primeras filas de bisontes!

En efecto; las primeras vanguardias de los gigantescos ruminantes aparecían a corta distancia, dando muestras de gran inquietud, contra las habituales costumbres de esos animales.

Viejos machos armados de poderosos cuernos formaban la falange delantera. Inmediatamente detrás iban trotando las hembras, rodeadas de sus hijuelos

dando gritos y disparando el revólver Colt de ocho tiros que llevaba en la silla. Los dos compañeros le siguieron bravamente, imitando en todo su maniobra. Los bisontes tuvieron un momento de vacilación, y apretándose unos con otros, abrieron la columna. Aquel momento bastó. Los tres jinetes pasaron con la velocidad del rayo y se encontraron al otro lado. Tres o cuatro gigantescos machos de frente velloso y alta joroba, trataron de embestir a los caballos; pero fueron prudentes y se limitaron a mugir con furor. ¡Andad, andad!—gritaba siempre John—. ¡A los indios! Estos continuaban la caza del hombre blanco, que montaba un caballo del mismo color. Los cinco indios que quedaban le seguían insistentemente, resueltos a apoderarse de la cabellera de vez en cuando disparaban las carabinas; pero los proyectiles no hacían blanco. El que huía reparó en la presencia de los tres cazadores, y cambió de dirección comprendiendo que iban en su auxilio. Los indios también notaron aquel refuerzo de enemigos; pero, valientes como eran, no quisieron apelar a la fuga. —¡Cuatro contra cinco!—dijo John animando a su caballo—. ¡Con poco que hagamos son nuestros rifles que llevamos son de más alcance que sus para cargarse. Winchester, que, además, necesitan más tiempo

— 21 —

y formando interminables filas flanqueadas por machos jóvenes y robustos, cuya principal misión consistía en proteger a la manada emigrante contra los ataques de los lobos.

A pesar de los enormes estragos que producen entre los bisontes los cazadores blancos, más feroces y egoístas que los indios, porque no los matan para aprovechar su sabrosa carne, sino sus excelentes pieles, apreciadísimas en los mercados del Este y del Oeste, dichos animales abundaban mucho todavía en la época en que se desarrolla la acción de este libro.

La enorme masa que formaban los cuatro o cinco mil bisontes que emigraban hacia las Montañas Rocosas para ganar luego la llanura cercana al Mississippi, parecía un dilatado mar de negras y revueltas aguas que avanzara hasta anegar por completo bajo sus ondas la verdeante pradera.

Una cosa había llamado desde luego la atención de John: era la agitación intensa que dominaba a aquellos animales, de ordinario pacíficos en sus emigraciones.

Un motivo grave debía, en efecto, de asustarlos, cuando no se cuidaban siquiera de pacer las succulentas hojas del *buffalo-grass*.

O los indios iban detrás de ellos, o un peligro mayor los amenazaba.

—John—dijo Harris parando su caballo a unos cincuenta metros de las filas de bisontes—, ¿qué opinas de esta fuga?

—¡Hum! No veo claro; pero me temo algo, pues he notado muchas veces que los bisontes no dan

muestras de tal pánico ni aun viéndose perseguidos por los cazadores.

—¿Y qué deduces de eso?

—Que mi nariz sigue oliendo.

—¿A qué?

—A humo.

—¿Todavía?

—Y ahora más que antes.

—Entonces, ¿está ardiendo la pradera?

—¡Qué se yo!

—Lo que me parece—dijo Jorge—es que si hubiera fuego, distinguiríamos algún resplandor en medio de esta oscuridad.

—La cadena del Laramie puede ocultarlo. El caso es que no sabemos dónde está el fuego; pero debemos temer que avance.

—Entonces lo que debemos hacer es volver atrás, recoger al tozudo inglés y buscar al general Custer para anunciarle la declaración de guerra de Sitting-Bull y de Minnehaha. ¿Te parece?

—John no respondió. Miraba con atención hacia adelante, fijándose, por encima de la mancha que formaban los bisontes, en una línea rosada que se dibujaba claramente sobre el verde esmeralda de la pradera.

—Ni lobos, ni coyotes—exclamó al fin—. Son seis caballos que galopan furiosamente detrás de otro, que huye con grandes bríos. Están cazando a un hombre. ¡Miren ustedes en aquella dirección, amigos!

Y les señaló un punto que se movía a lo lejos.

—¡Cuernos de bison!—gritó Harris—. ¡Los indios tratan de alcanzar a un hombre blanco! ¡Ah! ¿Oís? ¡Uno ha caído!

— 22 —

En lontananza se había oído un disparo, y uno de los seis jinetes había caído al suelo.

—El hombre blanco ha matado un caballo—dijo Jorge—. ¡Ojalá hubiera hecho lo mismo con el jinete! ¿Quién será ese fugitivo?—preguntó Jorge.

—¡No puede ser otro que Bud Turner!—exclamó John—. ¡Corramos en su ayuda! ¡El héroe del Far-West no debe perecer solo ante nuestros ojos!

—¿Y los bisontes que nos cierran el paso?

—¿Estáis seguros de vuestros caballos?

—Segurísimos.

—Pues atacad sin miedo, gritando y disparando. Cuando los bisontes están en formación, no son de temer. Os aprovecháis de su sorpresa, y se atraviesa la línea. ¡Andando!

La vanguardia de los rumiantes había pasado ya, y en aquel momento comenzaba el desfile del grueso del rebaño, distanciado de aquélla un centenar de metros.

El espacio era más que bastante para que pasaran los caballos; pero, seguramente, no hubiera podido salvarse sin gran peligro.

Además, entre los bisontes los hay tan bravos, que a la menor excitación bajan la cabeza y embisten; y esto era muy de tenerse en cuenta, pues si hubieran cornado a los caballos, los jinetes, lanzados de la silla, lo hubieran pasado muy mal.

Los machos que flanqueaban a las hembras y a las crías eran peligrosísimos, sin duda por estar encargados del buen orden de la columna.

John hincó las espuelas en el vientre de su caballo y se lanzó a todo correr hacia las vivientes filas,

— 23 —

—¿Y vamos a seguir avanzando?

—Creo, amigo mío, que entre los bisontes tendemos menos que temer que entre los indios. Tal vez Turner esté también al amparo de esa muralla viviente.

—¿Y el inglés? Al ver a los bisontes les disparará, y seremos descubiertos.

—Ya he pensado en eso.

Y ponténdose al lado del lord, que no cesaba de lanzar maldiciones, le dijo:

—Mi lord, dejadme examinar por un momento vuestra carabina.

—¿Para qué, mister?

—Para ver si está bien cargada, porque dentro de poco estaremos entre centenares de bisontes.

—¡Oh, yes! ¡Estar contento ahora!

—¡Dádmela!

El inglés entregó a John su carabina, y éste se apresuró a colgarla de su propia silla.

—¡Mister!—gritó el lord encolerizado—. ¿Qué hacéis?

—Desarmaros para que no podáis hacer fuego contra los bisontes.

—¿Impedirme tirar?—gritó el inglés amenazando con los puños—. ¿Estáis loco, mister? ¡Yo haber pagado para cazar bisontes! ¡Vos estar loco, loco!

—¡Nada de eso! Razono como un sabio.

—¡Si, loco, loco! ¡Yo quiero matar bisontes!—gritaba el inglés, cada vez más colérico.

—Después, ahora, no. ¿No habéis oído que los indios están cerca de esos animales?

—¡No! ¡No importarme los indios! ¡Importarme sólo los bisontes!

— 19 —

rifle en las manos, dispuesto a utilizarle apenas fuera preciso.

Si Bud Turner no había caído en poder de los *síoux*, lo que era difícil de creer, aunque se trataba del más temido y valiente de los cazadores de la pradera, debía de hallarse escondido por aquellos sitios: tal era la opinión del *indian-agent* y de sus compañeros. Las altas hierbas serían, de seguro, su refugio.

—Un hombre así no se deja sorprender tan fácilmente—murmuraba John—. Mil veces ha escapado de la muerte, y ésta no habrá sido menos afortunado. ¡Busquemos, busquemos!

Después de galopar cinco o seis minutos entre las matas, con gran molestia para jinetes y cabalgaduras, el *indian-agent* volvióse bruscamente hacia Harris, que iba inmediatamente tras él.

—Los bisontes están delante de nosotros—le dijo.

—¿Parados o en marcha?

—Al trote.

—¿Son muchos?

—Un centenar.

—¿Y cómo no están descansando? Los bisontes no acostumbran a caminar de noche.

—Sus motivos tendrán para mover las patas. De seguro han venteado un grave peligro.

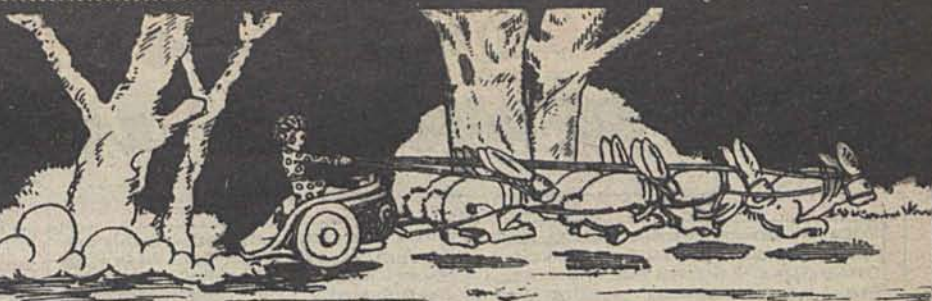
—¿Irán tras ellos los *síoux*?

—Yo creo que los indios se preocupan en estos momentos más de nosotros que de los rumiantes. Apuesto mi pipa, que me sirve hace treinta años, y mi rifle, a que los guerreros de Minnehaha y de Toro Sentado conocen ya nuestra presencia en estos sitios.

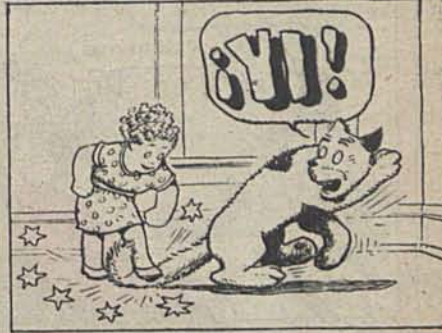
— 18 —

ANITA

BUEN- CORAZON



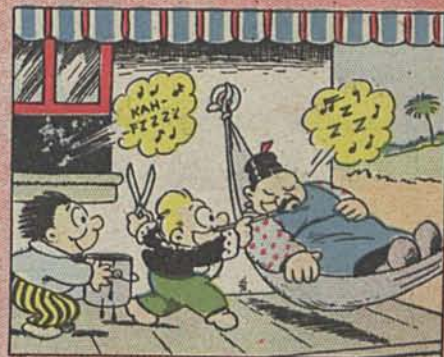
¡VOY A MIRAR POR EL AGUJERO DE LA LLAVE A VER QUE ESTÁN HACIENDO EN MI AUSENCIA FIFI Y PELUCHO!



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

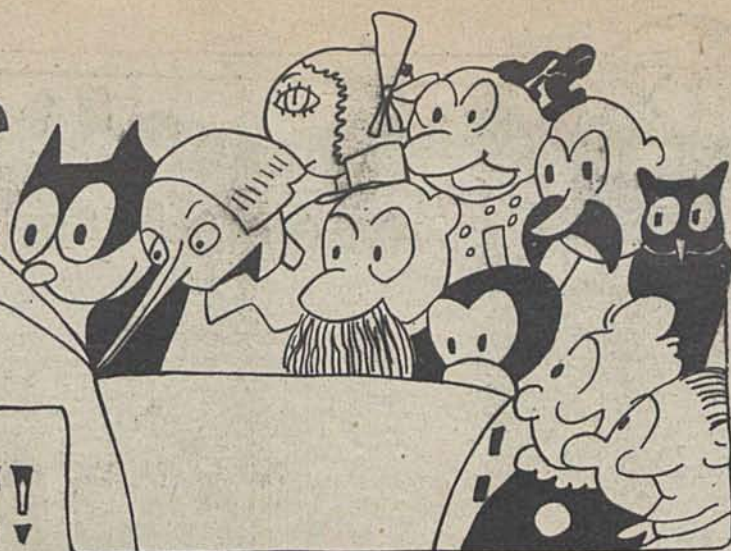


LA TORMENTA DEL COLLÓN O HAZAÑAS DE TÍN Y TÓN



CUENTOS DE CALLEJA

¡YAYA UN PEZ!



Al tirar de las redes un pescador se encontró con un pescado que al ser recogido abrió la boca y habló de esta manera:

—Déjame libre y te prometo una pesca magnífica porque soy el jefe de los peces y mi dignidad no me permite morir frito en aceite.

—Si tal hiciera, mi mujer diría que era un tonto; más vale pez en mano que ciento nadando.

Pero tales razones y súplicas hizo el pez, que el buen pescador le echó de nuevo al agua. Ya en su elemento, tomó el pez la forma de un genio, y dijo al pescador:

—Ya que has sido bueno conmigo, voy a recompensarte. Tu hijo será Rey, y para lograrlo frótale el cuerpo con esta pomada, que le hará invulnerable, de modo que ni las espadas, las lanzas ni las flechas le puedan herir. En cuanto a tí, toma esta bolsita, que siempre tendrá dentro un duro, saques lo que saques.

Agradeció el pescador aquellos dones y volvió a su casa, en donde refirió a su esposa lo que le había ocurrido; mas como era tan extraordinario, no lo quiso creer hasta que, cogiendo el bolsillo, comenzó a sacar duros y más duros, quedando siempre uno dentro. Aquella noche la pasó metiendo la mano en aquel portamonedas maravilloso, hasta hacer un montón de media vara de altura.

Al día siguiente frotaron todo el cuerpo de su hijo

con la pomada misteriosa, y desde entonces, aun cuando se cayera, o le dieran un golpe o una pedrada, jamás lograban hacerle la más pequeña rozadura.

Por aquel tiempo una perra que tenían los pescadores había dado a luz tres perrillos, a los que pusieron los nombres de *Horror*, *Terror* y *Furor*.

Como hubiera sobrado pomada del botecillo, se le ocurrió al pescador frotar con ella a los perros, y desde entonces, como si fuera de bronce, ni pedrada de chico ni mordisco de otro can lograron hacer mella en su cuerpo.

Creció Rodolfo que así se llamaba el joven, y crecieron también los tres perros, que querían a su amo con locura.

Por aquel tiempo un terrible dragón de siete cabezas comenzó a asolar el reino, encantando a cuantos encontraba en su camino. Sólo uno escapó vivo de sus garras, y fué para llevar al Rey un recado del dragón. Dijo éste que si no quería aquel Monarca que murieran todos sus súbditos, habían de llevarle a su hija única para que la devorase en la

selva negra.

Mucho vaciló el Rey antes de contestar; pero viendo el horrible estrago que aquella fiera causaba, se decidió a sacrificar a su hija en bien de su nación, ofreciendo la mitad de su reino al que salvara a la Princesa y diera muerte a la alimaña.

Nadie se atrevió a intentar tal empresa, excepto Rodolfo, cuyo corazón no conocía el miedo, y que,





presentándose al Rey, se ofreció a salvar la vida de la Princesa. Abrazóle el Rey con muestras de cariño, y, acompañados de una fuerte escolta, llegaron hasta la entrada de la selva negra la Princesa y Rodolfo. Allí se separaron de la comitiva, encargando que les esperasen tres días, y si al cabo de ellos no hubiesen vuelto, era señal de que ambos habían perecido, y podían dar la triste nueva a su Rey.

Lloraron todos la triste separación, y montando la Princesa a la grupa del caballo de Rodolfo, y seguidos de los tres perros, se internaron en el bosque. A las pocas horas de marcha ladraron los perros, y apareció el monstruoso dragón de siete cabezas.

—Yo creía—dijo por las siete bocas a un tiempo—que me iba a merendar a una Princesa; pero veo que me traéis hasta el postre y la ensalada, pues después te tragaré a ti, a tu caballo y a tus perros.

La Princesa rompió a llorar; pero Rodolfo la tranquilizó diciéndola:

—Tenga usted confianza en Dios y en la fuerza de mi brazo.

Y al decir esto bajóse del caballo, cuyas riendas entregó a la Princesa, y desenvainando la espada, se acercó al monstruo.

—¡O te vas al punto del reino—gritó Rodolfo—, o con esta espada te he de cortar esas siete cabezas!

El dragón se precipitó sobre el joven; pero éste gritó:

—¡A él, *Horror, Terror y Furor!*

Los perros se lanzaron sobre la fiera; ésta trató de herirlos, y no lo pudo lograr; claváronle los colmillos y la contuvieron, mientras Rodolfo de dos tajos le cortó seis cabezas de las siete que tenía.

—Déjame que repose hasta mañana y continuaremos el combate.



Rodolfo consintió en ello, volviendo al lado de la Princesa y alojándola en una cabaña abandonada. Toda la noche estuvo Rodolfo custodiando la choza con sus perros por temor a una sorpresa, y a la mañana siguiente volvió a encontrar a su feroz enemigo, viendo con admiración que de la noche a la mañana le habían vuelto a nacer las seis cabezas que le cortara.

Conoció entonces su imprudencia y se prometió rematar de una vez a la fiera. Azuzó a sus perros, y *Horror, Terror y Furor*, lanzándose sobre el monstruo, le contuvieron, y Rodolfo le cortó de un solo tajo tres cabezas. Hizo el dragón un esfuerzo desesperado y lanzándose sobre su enemigo le dió en el pecho un feroz zarpazo. Otro cualquiera hubiera sucumbido; pero el joven era invulnerable, y no recibió ni el más pequeño rasguño.



De otro tajo volaron otras tres cabezas, y el monstruo huyó; pero Rodolfo consiguió detenerle, y tras breve lucha le cortó la última cabeza, y con ella la vida. Cogió las cabezas, y abriéndoles la boca les cortó las lenguas, guardándolas en un pañuelo, y hecho esto volvió a la choza en busca de la Princesa, pero no la encontró, porque había huido fuera del bosque, y encontrándose a su escolta, volvió con ella a la corte.

Sabedores ya de que el monstruo había fenecido, uno de los condes más importantes del reino fué al bosque, y encontrando las cortadas cabezas las recogió, y presentándolas al Rey le dijo:

—Como he vencido al feroz dragón, es mía la mitad de tu reino.

Abrazóle el Rey tiernamente y se disponía a entregarle lo prometido, cuando Rodolfo se presentó en palacio y le dijo al conde que presentara las cabezas del dragón. Hizolo éste con mucha vanidad, y entonces el joven le dijo:

—Pero estas cabezas no tienen lengua, y eso es muy extraño.

—No las tendría el animal—exclamó el conde con altanería.

—Pues sí debía tenerlas, porque las traigo yo aquí. Y abriendo su pañuelo, las mostró a la corte.

Salió en esto la Princesa, y al ver a Rodolfo exclamó.

—¡Ese ha sido mi salvador!

Huyó el conde avergonzado, y pocos días después se celebró la boda de la hija del Rey y Rodolfo, y fueron muy felices.

El conde no salió muy bien parado, porque *Horror, Terror y Furor* le dieron unos mordiscos atroces.

FIN

GRAN CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES

LISTA DE PREMIOS

DE ACUERDO CON LAS BASES PUBLICADAS EN LOS DOS NÚMEROS ANTERIORES

SEA DJUDICARÁN

DOS PRIMEROS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

DOS TOMOS DE CUENTOS DE LA BIBLIOTECA PERLA, EDICION DE LUJO

La publicación más rica, artística y elegante en su género

DOS TOMOS DE CUENTOS DE LA BIBLIOTECA PERLA
1.^a Serie. La más famosa de las colecciones infantiles publicadas en castellano.

DOS TOMOS DE CUENTOS DE LA BIBLIOTECA PERLA
2.^a Serie. La publicación admirable que encierra una gran riqueza de ilustración y un texto ameno y atrayente.

SEIS TOMOS de CUENTOS de la preciosa colección BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

CUATRO LIBROS DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie. Lo más divertido. Lo más ingenioso. Lo más recreativo.

CUATRO LIBROS DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie. Para pasar el rato felizmente.

DOS SEGUNDOS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, edición de LUJO
DOS TOMOS DE LA BIBLIOTECA PERLA, 2.^a Serie.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie.

DOS TOMOS DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie.
TRES TOMOS DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie.

DOS TERCEROS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie.
UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 2.^a Serie.
DOS TOMOS DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie.
DOS TOMOS DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie.

DOS CUARTOS PREMIOS

Consistentes cada uno en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie.
UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 2.^a Serie.
UN TOMO DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.
UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie.
UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie.

UN QUINTO PREMIO

Consistente en:

UN TOMO DE LA BIBLIOTECA PERLA, 1.^a Serie. — UN TOMO DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA
UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 1.^a Serie. — UN TOMO DE MAÑA Y RISA, 2.^a Serie

PREMIOS SEXTO AL DÉCIMO

UN TOMO de la 1.^a Serie "CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES". Lujosa publicación espléndidamente ilustrada con láminas en colores.

VEINTE LINDOS TOMITOS de la serie titulada "JOYAS PARA NIÑOS"

PREMIOS DÉCIMO AL VIGÉSIMO

DOS TOMOS de la preciosa colección "CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES", 2.^a Serie
VEINTE TOMITOS de la preciosa Serie "RECREO INFANTIL"

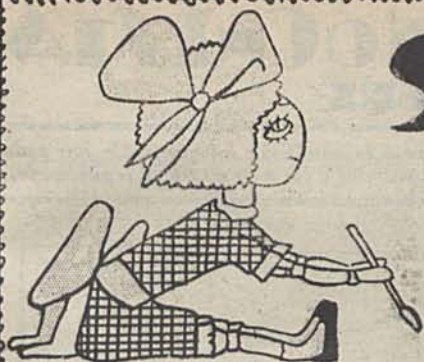
Además se adjudicarán otros VEINTE accesits consistentes en lotes de escogidos cuentos de las series más interesantes y divertidas.

Tanto los premios como los accesits irán acompañados de su correspondiente DIPLOMA.

Se concede a los PINOCHISTAS PREMIADOS la facultad de escoger los títulos entre las obras que por el premio les correspondan.

¡Un derroche de preciosísimos cuentos!!





Sección Pirula

Charles de Pirula... traductora

¿En qué se parece...?

¿Verdad que es divertido el juego de los parecidos con sus chistes?

Y cuanto más absurdo sea el parecido

que se saca y cuanto peor sea el chiste que resulta, más gracia tiene.

Por ejemplo: ¿En qué se parece un teatro a una botica?

¿No caéis? Ya me lo figuraba yo.

Pues ahí va:

Se parecen en que en el teatro hay *palcos* y en la botica hay... *p'al constipado*.

¡Uy qué malo! Pero no me matéis que os voy a decir otro:

¿En qué se parece un automóvil a una perra gorda por la mañana? (Conste que la perra gorda ha de ser por la mañana; el automóvil, puede ser a cualquier hora del día.)

¿Tampoco caéis ahora? Pues lo celebro porque así no os daréis ningún trastazo.

Y lo celebro porque así seré yo quien os diga ahora también cuál es el parecido en cuestión.

Pues se parecen en que el automóvil *espachurra* y la perra gorda, por la mañana, *es pa churros*.

Pero esos parecidos, os advierto que no los he inventado yo; en cambio sí que es mío el parecido de mi Pirulinda Amelia con... un cacto.

Bueno, entendámonos, no con cualquier planta de la familia de los cactos que lo mismo podría ser una chumbera que un nopal, y demás cactos de esos enormes que crecen en los países secos y cálidos.

No; me refiero a la plantita de cacto que cualquiera de nosotros tiene en una maceta de su ventana, y que es como una bola erizada de pinchos.

Me diréis que una Pirulinda no puede parecerse a este cacto. en nada, porque ni la Pirulinda crece en un tiesto (es decir, como crecer crecen mis Pirulindas en todas partes, que hay que ver los estirones que dan de un año a otro) ni el cacto tiene la linda cara de mis Pirulindas.

No; ya sé que físicamente no hay parecido alguno entre Amelia y un cacto; en cambio, moralmente... Si; no cabe duda de que el geniecillo de Amelia tiene pinchos... ni más ni menos que el cacto.

Amelia, como todas sabéis, es arisca; ella no llama nunca a su madre «mamita» con voz melosa, ni se arroja al cuello de su padre cuando éste vuelve de la oficina a las horas de comer.

Y cuando Juanito el hermano de Amelia la pide que le preste su raqueta o que le borde una inicial en un pañuelo de seda, Amelia frunce la nariz, aprieta la boca, se encoge de hombros, y Dios me perdone si alguna vez no la he oído contestar: «Déjame en paz».

Y sin embargo, el carácter de Amelia no se parece al cacto sólo en los pinchos, no; también se le parece en la flor.

Porque este

mismo cacto produce una flor que sale junto a la planta; es una flor blanca, delicada, preciosa, cuyos largos y finos pétalos forman una corola que recuerda algo a la azucena. Y además de ser tan bonita, esta flor está deliciosamente perfumada.

Lo triste es que sale de tarde en tarde, y dura muy poco.

Asimismo, las espinas que erizan el mal geniecillo de la arisca Amelia ocultan un corazón buenísimo. Sin zalameñas con sus papás, Amelia los adora como todas las Pirulindas a los suyos, y después de contestar bruscamente a su hermano, se desvive para serle agradable y le presta todos sus juguetes.

Lo cual no impide, naturalmente, que esté mal eso de tener pinchos en el carácter. En cambio, en el cacto, los pinchos no están mal del todo; la prueba es que esta planta resulta muy decorativa y está ahora muy de moda, por lo cual la he tomado de modelo para el motivo de bordado que hoy os ofrezco.

Este motivo hará precioso en una mantelería sencilla, de diario o de té; en algún delantalito, etc...

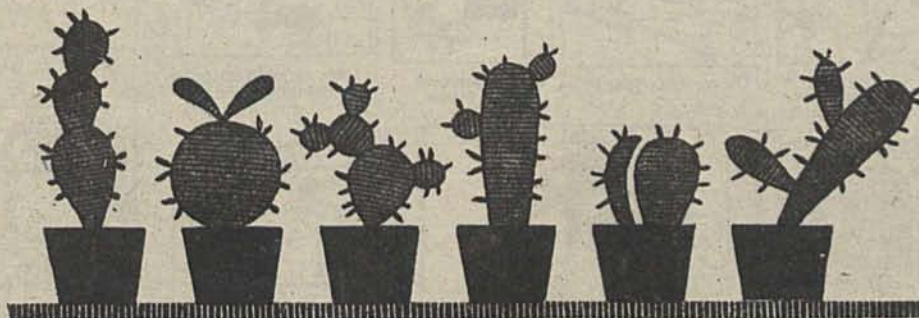
Y además nos recordará constantemente el geniecillo brusco y arisco de Amelia y de... bueno, de unas cuantas Pirulindas más que no son todo lo suaves que sería de desear.

Pero como afortunadamente, todas, sin excepción tienen un corazón de oro, se parecen al cacto más en la flor que en las espinas.

Y si en lugar de ser una muñequita de cartón que tiene unos cuantos talentos—sea dicho sin falsa modestia—yo fuese una hada, y tuviera que castigar a alguna de estas Pirulindas, convirtiéndolas en lo que fuese, por algún tiempo, creo que las convertiría en cacto. En cambio a Totita, no; a ella, que se pasa el día corriendo, saltando y brincando, a ella que no puede permanecer quieta un momento, lo más natural sería convertirla en saltamontes o en pulga.

No sería el primer caso; ya se ha dado, pero no aquí, sino muy lejos, en la China y además, en... un cuento.

Un cuento que os contaré el domingo que viene.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

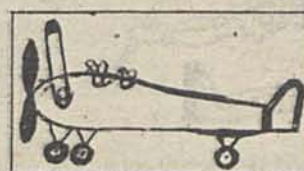
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mariposa
Guadalupe Cruz



Ramo de cerezas
Teresa Rodil



El Jesús del Gran Poder
Joaquín Ramírez



Bobito
Antonio Calvo



Una china
María Sesma



¡Qué riego...!
Amparo S. Miguel



Castillo mío. Luis Suja



Retrato
Juan de Dios Salas



Pinocho
Ramón Fernández Villaverde



Un orador
A. Ruiz de la Rosa



Gimnasia numérica.— Germán González Gerez



Marina.—Juanito Balbín



Un perfil
Carmen Martínez



Florero.—Rosarín



Bebé
G. G. Fernández



Bandera
J. Ruiz Lillo



Curricule
Miguel Cabezas



Tecla
Lolita Zalve



Flor
Charo Bujanca



Un conejo.—José Pinto



Caquirruchi
Juan Casellas



Mis mejores amigos
Enrique García



Un gatito
Conchita Mera



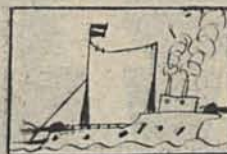
Gordito
Pedro Areitio



Escena campestre
Pepita Francos



Barrera.—Francisco Galindo



Buque de guerra
José M.ª Paul



Cabecita
J. Bago



Lerroux
Manuel Lozano

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

En el bosque



Los tres pájaros



Los skis



- 1.—La muchacha lleva las medias diferentes.
- 2.—Los botines de la muchacha no son iguales.
- 3.—El lazo de la trenza está en el aire.
- 4.—El chico del jersey a rayas tiene los skis distintos.
- 5.—El mismo muchacho lleva un ski sujeto a la bota y el otro no.
- 6.—Una raya de un ski atraviesa la mano del jovencito de la pala.
- 7.—Este jovencito lleva las polainas diferentes.
- 8.—El trineo de el del paja está mal dibujado.
- 9.—La mariposa con la nieve es incompatible.
- 10.—Los chanclos de la muchacha son desiguales.
- 11.—El sombrero de paja no es prenda para la nieve.

Los tres conejos

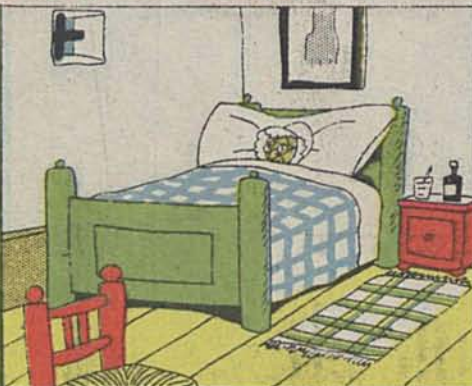




CAPERUCITA EN CARNADA



1.—Llegado a la casa de la abuelita Compadre Lobo dejó caer el aldabón, llamando a la puerta.
—¡Tras, tras!
—¿Quién es?—preguntaron dentro.
—Soy yo, Caperucita—contestó el monstruoso animal fingiendo la voz—y te traigo una oreita de miel y unas tartas de manteca que ayer amasó mamá.



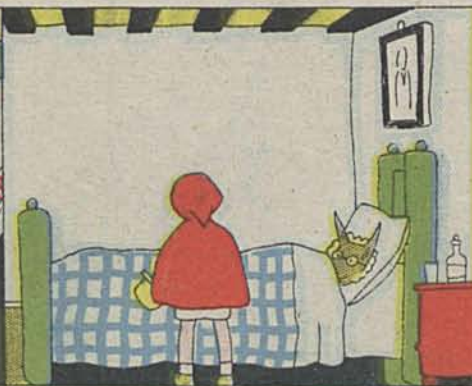
2.—Pues tira del cordelito para abrir el picaporte. La abuela de Caperucita estaba enferma y no podía abrir. Varios días llevaba ya en la cama y Caperucita para entrar tiraba del cordelito y desde fuera abría el picaporte.



3.—Pero Compadre Lobo no dejó a la pobre abuelita ni tiempo para asustarse. Entró como un huracán y abriendo una tremenda boca se la tragó entera en un abrir y cerrar de ojos.



4.—Buscó después en la cómoda de la ropa limpia algo que ponerse, sacó un gran camisón bordado, una cofia con puntilla, y viendo en la mesa de noche las gafas de la pobre abuelita, se las caló y se metió en la cama, corriendo las cortinas para que hubiese poca luz.



5.—No había acabado de hacerlo cuando llegó Caperucita. Tiró del cordelito para levantar el picaporte, y entró muy contenta, diciendo:
—¡Buenos días, abuelita! Aquí te traigo esta oreita de miel y estas tartas de manteca que ayer amasó mamá.
—¡Gracias, hija!—se creyó obligado a decir Compadre Lobo suavizando la voz todo lo posible, pero no tanto que la niña no le dijera: ¡Abuelita, que ronca estás!



6.—Acercóse la niña a la cama en su afán de ver si estaba peor la abuela y no pudo menos de lanzar una exclamación.
—¡Abuelita, qué orejas tan grandes tienes!
—Son para oírte mejor, hija mía.
En efecto al lobo se le salían las orejas de la cofia no muy bien encajada. Detrás de los espejuelos, sus ojos relucían de ansia.



7.—¡Abuelita, qué ojos tan grandes tienes!
—Son para verte mejor, hija mía.
Se aproximó la niña más aún a la cama para que su abuelita la viese, y Compadre Lobo le echó las manazas al cuello.



8.—¡Abuelita, qué brazos tan largos tienes!
—Son para abrazarte mejor.
Al decir esto tan cerca estaba Caperucita de la cabezota del animal, que vio ella brillar las dos terribles filas de dientes blancos y agudos.



9.—Y empezando a temer algo:
—¡Abuelita, qué dientes tan largos tienes!
—Son para comerte mejor.
Y diciendo así se engulló a Caperucita de un solo bocado, entera, con caperuza y todo: tal era el hambre que tenía.